

ezequiel martínez estrada
cuentos completos

Serie del Recienvenido
dirigida por
RICARDO PIGLIA

La *Serie del Recienvenido* propone al lector grandes obras de la literatura argentina de las últimas décadas del siglo xx, seleccionadas y prologadas por Ricardo Piglia. Los libros que conforman la serie han sido elegidos de acuerdo a la presencia —y la actualidad— que estas obras tienen en la literatura del presente. En un sentido estos libros han anticipado —o promovido— temas y formas que tienen un lugar destacado en la narrativa contemporánea. Siempre recién venidos, los títulos de la colección están en diálogo y en sincronía con las propuestas más novedosas de la literatura actual.

ezequiel martínez
estrada
cuentos completos



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1975 (Madrid, Alianza)

Primera edición FCE Argentina, 2015

Martínez Estrada, Ezequiel

Cuentos completos / Ezequiel Martínez Estrada ; con prólogo de Ricardo Piglia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.
527 p. ; 21x14 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-077-9

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prólog.

II. Título

CDD A863

Diseño: Juan Pablo Fernández

Armado de interiores: Hernán Morfese

Foto de tapa: Alejandro Wolk, gentileza del archivo de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-077-9

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Prólogo, por Ricardo Piglia		9
La inundación		15
Sábado de Gloria		37
Viudez		109
La cosecha		175
Marta Riquelme		235
Examen sin conciencia		277
Juan Florido, padre e hijo, minervistas		331
La tos y otros entretenimientos		375
La tos		375
La escalera		399
Abel Cainus		411
Por favor, doctor, sálveme usted		427
La explosión		435
Preludio y fuga		441
La virgen de las palomas		447
Florisel y Rudolph		453
Las manos		461
Función de ilusionismo		469
No me olvides		477
Un crimen sin recompensa		495
En tránsito		507
Sobre esta edición		527

Preludio y fuga

Aquel enfermo, el de la cama 2 —Nicéforo Gómez—, se había hecho simpático a todos los compañeros de la sala. Las enfermeras lo querían con afecto singular por la afabilidad de su trato, su buena disposición inalterable para ayudar en cuanto se le pedía, llegando al extremo de ofrecerse para pasar el trapo a los pisos, muy temprano. Placíales a todos: médicos, enfermeras y mucamas, por su arte consumado de contar cuentos de todo color, de inventar historias que parecían ciertas, y por otras prendas personales que las mujeres, ansiosas de aventuras, consideraban excepcionales. Las había engañado diciéndoles que era de Misiones, y las adobaba con toda clase de especias, peligros en la selva, rodeado de serpientes o de onzas o de yaguaretés; o perdido en la noche, bajo una lluvia torrencial, hasta que encontró una cabaña con una joven sola. Detuvieron al marido en averiguación de un robo y ella estaba allí temblando de miedo, sobre todo de que alguien de la comisaría aprovecharse la ausencia del esposo para abusar de ella. Cómo la reconfortó, inspirándole confianza, cómo transcurrió toda la noche bebiendo mate y contándose cuentos mutuamente. El cuento del tabaco para soñar, el de la golondrina centinela, etc. Inventaba incontinentemente y tenía suficiente buena memoria para no contradecirse jamás, suficiente buena imaginación para mantener pendiente de su palabra hasta a los médicos.

Dina, la hermana de caridad, joven aún, sentía por ese enfermo singular predilección y permanecía junto a su cama mucho

más tiempo que junto a la de ningún otro, entreteniéndose ambos en conversaciones piadosas, o de labores femeninas —Gómez bordaba muy bien y hacía tejido con hilos de nylon que eran un primor— o de las fiestas religiosas que él había presenciado en Misiones. Si sus dolores de estómago lo obligaban a quejarse débilmente, ella apoyaba su mano sobre la del paciente, como hermana que era en efecto, y él sentía instantáneamente un alivio y un bienestar celestiales. A decir verdad, los demás enfermos lo envidiaban, pero no estaban celosos de la preferencia de la hermana Dina por él, muy lógica, e inútilmente trataban de entretenerla con preguntas y chismes sin importancia. Pues invariablemente ella se marchaba después de las averiguaciones ceremoniosas de cómo se encontraban hoy, si se alimentaban bien, si los atendían debidamente y si habían asistido a misa. Era mujer de grandes atractivos por la dulzura de su voz, sus modales dignos sin altivez, su ternura para todos los desdichados. De niña tuvo apariciones que decidieron su vocación, y durante años gestionó sin éxito que se le permitiera ir a predicar a pueblos salvajes, aspirando a la corona del martirio. Solía llevar a la sala un ramo de flores que repartía una a una, sin discriminación de quienes asistían a misa y quienes no, aunque siempre comenzara sus visitas por la última cama, la 22, o por la primera, una flor reservaba para su enfermo predilecto. La merecía y a nadie se le ocurrió disputársela, pues cada cual de ellos habría hecho lo mismo. La hermana Dina conocía por las enfermeras cuán grandes eran sus prendas personales, su buena voluntad para ayudarlas y su carácter invariablemente jovial y mesurado. Con el cura de la capilla conversaba muchas veces de él. No le transmitieron, por supuesto, los cuentos y chistes picarescos que constituían el fuerte de sus charlas y que tanto las hacían reír. Ni era conveniente intentarlo siquiera, pues la austeridad cariñosa de la hermana imposibilitaba todo atrevimiento en ese sentido, y su piedad cohibía a todos de insinuar ni aun veladamente temas de tal índole. En muchas

ocasiones le sugirieron que le preguntase algo de su vida en la selva de Misiones, combatiendo contra serpientes, fieras y contrabandistas, pero la monja las atajaba con alguna reflexión de inmovible postura:

—La vida de los hombres no interesa sino en cuanto puede servir de ejemplo por sus virtudes. Me basta con las vidas sin pecado que me cuenta, de santos y mártires gloriosos, pues de esas piadosas leyendas el 2 sabe más que yo.

—Acaso invente esas leyendas.

—Es posible que invente cuando les cuenta a ustedes cosas de su propia vida, que no sé qué importancia pueda tener. Además, me parece lo bastante inteligente para inventarse una vida que llame la atención. ¿Y cómo sigue el 16? Ayer tarde no se quejaba.

Sin embargo era tal el interés y la curiosidad que todo lo que se relacionaba con la vida del 2 le despertaba, que la monja se iba pensando qué clase de historias serían esas. Una noche soñó que se marchaba con él, siendo los dos monjes predicadores, a recorrer el mundo como dos hermanos ungidos con el mismo óleo de santidad. Caminaban por calles de una ciudad desconocida, posiblemente de la China, y repartían estampas y medallitas infundiendo con milagroso poder la religión de Cristo en sus almas paganas.

El enfermo Nicéforo Gómez era un taimado. Fingía con la monja un fervor religioso que no sentía, pedíale alguna estampa o medalla bendecida y le aseguraba que estaba preparado para confesarse y comulgar el siguiente domingo. Meses atrás le dijo, sin ánimo de congraciársela ventajosamente, que en su niñez aspiró a ser monje benedictino y que en San Ignacio sostenía una escuela con su dinero. Era de creerle, pues en efecto cumplía con los deberes del feligrés, o los cumplía a su modo, con asiduidad y devoción; pero era un hereje que confesaba para quedar bien con todos, mintiendo desfachatadamente. El cura de la capilla del

hospital creyó que era un santo. Sus confesiones eran prudentemente comentadas, hasta donde lo permitía el secreto sacramental, a las personas dignas de ello, y la hermana Dina testimoniaba de la piedad de ese enfermo. Una vez preguntó contrito al confesor si serían ardidés del demonio, o de creer, las apariciones de la Virgen que solía tener de noche, presentándosele vestida de blanco y repartiendo flores a todos los enfermos.

Forjaba sus embustes ante el confesionario con la misma intrepidez que su autobiografía y las historias de contrabandistas con que embelesaba a su auditorio. No se sabe por qué, el último domingo que confesó se le ocurrió decir que la noche de la víspera se le había vuelto a aparecer la Virgen, esta vez vestida con el hábito de las hermanas de caridad, instándolo a que emprendiera viaje a Ceilán, para predicar el Evangelio, y que si alguien deseaba acompañarlo, varón o mujer, que no lo rechazara, siempre que hiciera voto de mantener con él su castidad. Por ese procedimiento Nicéforo Gómez se había granjeado la simpatía de los creyentes y, por el otro sector, de los incrédulos. Para cada cual tenía una actitud, una personalidad y una manera de contar distinta. Hasta el punto de que podía reconocerse que había no menos de ocho Nicéforos Gómez en la más variada gama de la pillería a la fe. Era, en pocas palabras, un impostor de alta escuela. Su profesión de corredor de jabones de tocador lo ejercitaba diariamente en la técnica de aparecer con distinta personalidad según los clientes. Hablaba con facilidad, tenía un vocabulario para cada ocasión y era un psicólogo consumado.

Alargó su estada en el hospital porque lo trataban a cuerpo de príncipe. Hasta la señorita dietista, al tanto de los pormenores que lo hacían tan amable, prescribió para él un menú especial que cambiaba todos los días. Los médicos no tenían interés en que se quedara ni en que se fuera. A ratos se entretenían escuchándolo. Su enfermedad —una gastritis crónica— siempre ofrecía alguna novedad digna de estudio; mas como eso ocurría con casi todos

los enfermos, unos por esto y otros por aquello, al fin se le insinuó que se le daba de alta. Permaneció en el hospital, empero, algunos días, hasta que al atardecer de un día de fiesta preparó su valijita de mano que contenía todo su ajuar, y se marchó sin llamar la atención de los guardianes.

Al día siguiente, por la mañana temprano, extrañó a todos, enfermos, enfermeras y mucamas, no encontrarlo. Pero la sorpresa aumentó horas más tarde, convirtiéndose en verdadero estupor, cuando se supo que aquella misma noche la hermana Dina había desaparecido sin que se volviera a tener noticias de ella.